

DISCURSO
PRONUNCIADO
EL 16 DE SEPTIEMBRE
DE 1848,
POR EL CIUDADANO
LIC. JOSE MARIA IGLESIAS,
EN EL ANIVERSARIO
DE LA PROCLAMACION
DE LA
INDEPENDENCIA NACIONAL

MEXICO 1848.

COLECCION DE DISCURSOS PATRIOTICOS
JORGE DENEGRÉ VAUGHT PEÑA

DISCURSO

PRONUNCIADO

EL 16 DE SEPTIEMBRE DE 1848,

POR EL CIUDADANO

LIC. JOSE MARIA IGLESIAS,

EN EL ANIVERSARIO

DE LA PROCLAMACION

DE LA

Independencia Nacional.



MÉXICO: 1848.

IMPRESA DE IGNACIO CUMPLIDO,

Calle de los Rebeldes número 2.



“.....: Nessun maggior dolore,
Che ricordarsi del tempo felice
Nella miseria.....”

DANTE.

Conciudadanos!

EN la serie de los dias que forman la vida de los hombres, hay algunos que se distinguen de los demas por las impresiones vehementes de dolor ó gozo que sentimos, ó por la influencia que ejercen en nuestra suerte futura. El dia en que venimos al mundo, el de la muerte de nuestros padres, el de nuestro enlace con la muger que amamos, el del nacimiento de un hijo querido, producen en nosotros sensaciones de diversas especies, pero tan fuertes todas, que siempre las recordamos conmovidos. Los años pasan ligeros; y en cada aniversario se renuevan en nuestro corazon el placer inefable, ó la pena aguda que en otros tiempos nos infundieron los sucesos, cuya memoria no desaparece nunca.

Tambien existen esos dias en la vida de las naciones, siendo el mas notable el en que se inscribieron en el catálogo de los pueblos libres. Las solemnidades con que se ha celebrado, han sido frecuentes, así en las antiguas como entre las modernas: la repeticion de ese aniversario ha sido siempre un recuerdo gratísimo, que ha hecho comprender el valor inestimable de la independencía, y estimulado el espíritu público para esforzarse por su conservacion. Igualmente ha llevado por objeto tributar en homenaje de gratitud á los que supieron, con abnegacion heroica, sacrificarse por el bienestar de sus conciudadanos.

Tal es el motivo que en los años pasados nos ha reunido en este sitio, tal el que hoy nos congrega tambien; pero ¡qué diferencia, compatriotas, entre los aniversarios anteriores y el que ahora habeis querido

solemnizar! Hoy es la primera vez que el dia mas grande de nuestra historia no despierta emociones purísimas de júbilo, en las que se perdían los recuerdos amargos de infortunios que no bastaban á enturbiarlas: no, no es este un dia de regocijo: la memoria de lo pasado no hace mas que avivar el dolor de las desgracias presentes: estamos tristes, melancólicos, abatidos. ¿Sabeis por qué, mexicanos? Porque traemos la vergüenza en la frente y el remordimiento en el corazón.

¿Os acordais de aquellos dias en que con la risa en los labios, con la alegría en el semblante, con el placer en el alma, veníais á saborear los gratos recuerdos de dichas que no habia aun amargado un inmenso infortunio? Entónces sí podíais entregaros á las suavísimas impresiones de una solemnidad, en que se abrian las páginas mas gloriosas de nuestros anales: vuestros sentimientos eran grandiosos como los sucesos que los producian, tiernos como la memoria de los mártires de la patria. Y por eso es mas notorio el contraste que ofrece este aniversario de duelo: en vano procurais reproducir los goces que se perdieron, y que ahora os son mas caros, porque, como dice el poeta florentino, ningun dolor iguala al del recuerdo que se hace en la desgracia, de los tiempos felices.

Grato era tambien en momentos tan venturosos el deber que tenia que llenar el orador del pueblo. El plan de su discurso salia de los acontecimientos de que os hablaba. A la pintura del cuadro funesto de desprecio y abandono que presentaba México en la última época de la dominacion española, se seguia la recapitulacion de las causas que proclamaban la justicia de nuestra emancipacion. Entraba luego la relacion sucinta de los hechos mas gloriosos que ocurrieron en los once años que duró la lucha entre la metrópoli y la colonia insurreccionada, sin olvidar el justo tributo á la memoria de los que iniciaron el movimiento, de los que sostuvieron la contienda, y del que consumó la obra. Os recordaba el arrojó del párroco que en los últimos dias de su vida renuncia al descanso para dar principio á una revolucion, en que no tenia mas porvenir que el cadalso; la capacidad prodigiosa del eclesiástico, que en diferentes ocasiones despliega los talentos que distinguen á los generales mas célebres, y á quien la posteridad contará sin disputa en el número de los grandes hombres; la fortaleza digna de los griegos y romanos del antiguo insurgente, que prefiere la vida del salvaje al indulto que lo humilla; la magnanimidad del caudillo del Sur, que conservó en sus montañas el fuego patriótico con teson incansable, y en quien la misma falta de educacion hacia resaltar mas las vir-

tudes eminentes de que le dotara pródiga la naturaleza; y la sabiduría, la destreza, el mérito del que inclinó la balanza de la fortuna en favor de la buena causa. Tampoco quedaban sin el homenaje debido los otros héroes: si los nombres de algunos no se pronunciaban, el incienso que se quemaba en el altar de la patria, subía al cielo por la memoria de todos.

Alguna vez las circunstancias de la época escigian que al clamor del agradecimiento público, se agregase un grito de indignacion contra los desaciertos cometidos. Caminando desde un principio por una senda de errores, rara vez ó nunca ha faltado motivo para deplorar las consecuencias de nuestros extravíos. Su penoso recuerdo suspendia por un momento el júbilo general: tristes presentimientos vagaban por los espíritus consternados; pero disipábalos pronto la ventura sin límites debida al acontecimiento importante que celebrábais, que no bastan las pequeñas miserias de la vida para hacer duradera la amargura con que suelen aminorar una dicha cumplida, ni alcanzan á interceptar la luz del Sol las ligeras nubecillas que nos lo ócultan por un instante.

Antes de que el mas horrible desengaño hubiera puesto en claro nuestra impotencia, lisongeábanos la esperanza de que nuestros esfuerzos por conservar la independencia, el día que se viera amenazada, no desdecirian de los que hicieron nuestros padres para conseguirla. Amaestrados en continuas guerras civiles, se creia que en frente del extranjero no se desmentiria el valor de nuestros combatientes; que la experiencia adquirida á costa de tanta sangre de hermanos, nos otorgaria la victoria en una lucha con una nacion estrangera. Pensábamos que el peligro de la patria estrecharia los vínculos de una union sólida entre todos los partidos, haciendo que los hombres de diversas comuniones políticas no reconociesen mas enemigo que al que viniera con las armas en la mano á consumir un acto de escandalosa usurpacion. No faltaban patriotas que, entre las calamidades sin número que debia ocasionar una guerra estrangera, veian el remedio, lejano si se quiere, pero probable, de los males que nos agobiaban: convencidos de la ineficacia de las reformas interiores, aguardaban la salvacion de un fuerte sacudimiento que despertara el espíritu público adormecido. Las mas halagüeñas esperanzas fundaba el orgullo nacional en honrosos antecedentes: se solemnizaba con entusiasmo la emancipacion de México, porque habia fé en los corazones, que ni un momento dudaban de nuestro valor para combatir en los campos de batalla, ni de nuestro pa-

triotismo para ofrecer nuestra sangre toda en defensa de los derechos que afianzara la espada de Iturbide.

Reflexionad ahora cuán doloroso me será el escámen de hechos que tan mal han correspondido á los mas fervientes deseos. ¡Oh si en vez de derrotas y vilipendio tuviera que recordaros las hazañas mas grandiosas y apreciables! ¡Con cuánto gusto levantaria hoy mi voz desde esta tribuna para ensalzarlas, rejuveneciendo con su manifestacion las glorias pasadas de los años del levantamiento contra el monarca de España! La imaginacion se pierde al considerar el exceso de placer con que celebraríamos á la vez los sucesos de ambas épocas. La suerte lo ha querido de otro modo: no son victorias ni heroicos sacrificios, sino faltas y crímenes de lo que tengo que hablaros: mi voz doliente se conturba al emprender tan triste tarea; el himno de triunfo se convierte en un gemido de lamentacion.

¿Qué pasaba hace un año en la capital de la república mexicana? ¿Qué solemnidades hubo para la celebracion del dia de mas sublimes recuerdos? ¿Qué hacia el pueblo, que acostumbraba venir á este lugar á derramar las flores del agradecimiento sobre las tumbas de los que lo hicieron libre? ¡Memoria dolorosa! Dos dias antes habian entrado en el recinto de la ciudad unos hombres venidos del Norte, que habian derramado en reñidos combates la sangre de los ciudadanos mas distinguidos. Vencedores en las acciones del valle de México, entraban difundiendo el terror en la poblacion, que la noche anterior habian abandonado los restos del ejército. La mayor parte de los habitantes, que dormian en sueño profundo, como el hijo de Laomedonte, cuando ya los griegos habian entrado en la ciudad de Troya, se despiertan bajo el yugo de las bayonetas extranjeras. Hay un momento en que el espíritu de Hidalgo y de Iturbide se reanima en la gente sojuzgada: el clamor de venganza se escucha en todas partes: el pueblo cae sobre los invasores, comenzando una pelea en que no cuenta con mas ventaja que la del número, suficiente sin embargo por sí sola para darle el vencimiento. ¡Espectáculo hermoso era el que presentaba la ciudad luchando á brazo partido por no sucumbir al yugo férreo del conquistador! Pero los esfuerzos acaban poco á poco: el desaliento se apodera de los ánimos: cesa la resistencia que unos cuantos valientes hacian enmedio de una sociedad de egoistas, que anhelaba ya como un beneficio el triunfo de los enemigos; y el Sol del dia destinado á celebrar la consumacion de la independencia, alumbra á un pueblo que acaba de perderla y de caer abatido á las plantas de quien se la arrebató.

Tal fué el 16 de Septiembre de 1847. Las calles, tan concurridas en los aniversarios anteriores por la multitud llena de júbilo, no eran transitadas mas que por los nuevos habitantes, ó por los pocos mexicanos á quienes asuntos de suma entidad obligaban á salir de sus casas. Encerradas las familias, lloraban las desgracias públicas y las privadas, esperando por momentos ser víctimas de los desmanes y excesos de la soldadesca triunfante: las campanas no repicaban: no se oían los dulces ecos de las músicas militares: no las autoridades nacionales, sino una intrusa, dictaba órdenes á la ciudad: no era, en fin, el pabellon de Iguala, el pabellon tricolor, el que ondeaba sobre las cúpulas de nuestras torres y los techos de nuestros palacios.

La guerra con los Estados-Unidos del Norte, comenzada sin haber preparado los recursos necesarios para su prosecucion, seguida sin direccion acertada, cometíendose á cada paso por todos faltas de funesta trascendencia, terminada de una manera bien costosa, merece fijar nuestra consideracion. El fallo de la posteridad nos será poco favorable, cuando sepa que un corto número de soldados sin disciplina ni otras precisas cualidades militares, dirigidos por gefes que mas han debido su fama á la fortuna, que los ha protegido, que á sus sabias combinaciones, alcanzaron triunfo sobre triunfo, llegando por último á arrojarse á las autoridades supremas del lugar de su residencia.

Una nacion de cerca de ocho millones de habitantes, que defendia sus hogares, su independencia, su religion, sus costumbres, hasta su idioma; que peleaba con todas las ventajas que ofrece una guerra defensiva por el conocimiento práctico de los terrenos, la facilidad de las comunicaciones, el auxilio de los pueblos, la seguridad de la subsistencia; que no carecia de elementos para levantar gente en número considerable ni para sostenerla, no pudo resistir al ejército invasor. Léjos de mí la idea de hacer responsable á una clase sola de faltas en que han tenido gran culpa todas las demas: si la conducta de aquella ha merecido censura, la de éstas debe juzgarse con la misma severidad. La mayoría de la República es la que con justicia reporta el cargo de no haber hecho la guerra con el valor y la constancia que se requerian para nuestra salvacion. Los congresos no dieron leyes oportunas para proporecionar con seguridad, así el levantamiento del número necesario de defensores de la independencia, como la coleccion de las gruesas cantidades que se tenian que erogar: los gobiernos generales no organizaron el ejército, componiéndolo de soldados disciplinados y valientes, ni establecieron bajo bases sólidas la Guar-

dia Nacional, ni invirtieron útilmente el dinero destinado para los gastos de la campaña: los gobernadores de los Estados y las legislaturas, casi en su totalidad, en vez de hacer los esfuerzos grandiosos que reclamaban las circunstancias, se negaron á dar aun los contingentes de sangre y numerario que les correspondian, atrincherándose, para defender su negativa, en una soberanía que tomaba entónces el carácter de rebelion, y que se dejaban arrebatar sin defensa por el extranjero: los ciudadanos egoistas, en fin, sacrificaban á los pocos que cumplieran con sus obligaciones, y asistian como espectadores, con indiferencia y sosiego, á la lucha en que se decidia la suerte de la patria: cual si fuera un combate en que no debieran tomar parte alguna.

Al desentrañar las causas que produjeron un desconcierto tan completo, una apatía tan inconcebible, la mente del observador no tarda en encontrar la esplicacion de lo que al pronto parecia un enigma. El desquiciamiento producido por revoluciones que se sucedian unas á otras como los dias del año, la desconfianza que infundian los funcionarios puestos á la cabeza de los negocios públicos, acusados unos de traicion, otros de que defraudaban los caudales del erario en beneficio propio, éstos de cobardía, aquellos de ignorancia; el poco interes de gran parte de los habitantes por conservar la independencia, bien que para ellos solo lo es de nombre; el egoismo refinado de las clases acomodadas, para las que la esclavitud, la ignorancia, la degradacion, eran preferibles á los peligros de la guerra, ó á la pérdida de sus goces; la ignorancia de las clases bajas, que ni siquiera comprendian qué derechos eran los que se le hacian defender: todas estas causales reunidas debian dar precisamente por resultado que no se opusiera á los invasores mas que una resistencia parcial, floja, insuficiente. Nada, pues, tiene de extraño que sucediera lo que hemos visto; pero si tales consideraciones esplican los acontecimientos, no prestan mérito para que nuestra afliccion disminuya: antes al contrario, al pesarlas con madurez, sube de punto la pena que sentimos, por el descubrimiento de que nuestros infortunios vienen de los vicios que carcomen hace tiempo nuestra sociedad.

Despues de la entrada á México de los norte-americanos, lo que se llamó guerra, continuó haciéndose con languidez y sin esperanza. El ejército quedó casi destruido: los intrépidos chihuahuenses dispararon los últimos cañonazos en Santa Cruz de Rosales. En ninguna parte se hacian preparativos de defensa: la República entera se presentaba al invasor dispuesta á sucumbir á su yugo. Una expedicion que hubie-

ra mandado á cualquier punto, pocas ó ningunas dificultades habria tenido que vencer. El pueblo, que tantas pruebas de patriotismo dió en los dias en que conquistaba su independenciam, estaba entónces resignado á sufrir la afrenta mas vergonzosa, esperando impasible la suerte que le deparara la Providencia.

En tal estado encontró á la nacion el gobierno que se estableció en Querétaro. No habia ya ejército con que continuar la lucha, ni armamento para los defensores que aun quedaban á la nacion, ni dinero para los gastos mas urgentes. Nada hubieran importado tales desventajas, si el patriotismo no hubiese flaqueado: en las circunstancias mas críticas se improvisan grandes recursos para la defensa, cuando aquella virtud no se abate; pero la verdad es que no habia en la República voluntad decidida y enérgica para prestarse á los sacrificios de que pendia la recuperacion del territorio usurpado. Las poblaciones temian dar asilo en su seno á las autoridades supremas, por no esponerse á la ocupacion violenta de los enemigos, quienes se presumia que procurarian destruir la sombra de gobierno que nos quedaba. Para los encargados del poder era muy inseguro el acierto entre tantas contrariedades. Colocados en una posicion difícilísima, no tenian mas recurso que escoger uno de los extremos de este terrible dilema: ó una paz oprobiosa, ó una guerra sin elementos. Por cualquiera que se decidiesen, el resultado era tristísimo, como que la consumacion de los daños, debidos en gran parte á faltas anteriores, se verificaba en su época. Adoptaron el partido de la paz, por la que tambien votó luego la mayoría del congreso; de una paz que aun sus mas decididos partidarios no han podido defender sino como hija de la necesidad, pero confesando que era costosa para nuestros intereses, é indecorosa para nuestro honor.

Ese fué el término de la guerra estrangera. ¿Qué responderíamos satisfactoriamente á los héroes de la independenciam, si volvieran á la vida por un momento para llamarnos á juicio? Ellos nos dejaron un territorio vastísimo, y nosotros le hemos cercenado la mitad: ellos nos dejaron abiertas las fuentes de riquezas inagotables, y nosotros vivimos en la miseria: ellos nos dejaron tranquilidad, y nosotros nos estenuamos en continuos trastornos: ellos nos dejaron un nombre respetado de las naciones estrañas, y nosotros arrastramos ya una ecsistencia envilecida. ¡Oh! sí, semejantes al hijo pródigo que disipa en pocos dias los bienes ganados por sus ascendientes á fuerza de tiempo y

de trabajo, nosotros hemos convertido en un mezquino patrimonio la magnífica herencia que nos legaron nuestros padres!

Como si nuestra raza hubiera degenerado, los esfuerzos patrióticos de los años de la insurreccion han hallado pocos imitadores: casi era tan difícil reconocer en nosotros á los descendientes de Morelos y los Bravos, como á los hijos de Milciades y Aristides en los griegos sometidos al yagatan del turco. Se nos podia preguntar, como lo hacia á aquellos el melancólico Byron, si no encontrábamos en las cenizas de nuestros abuelos ni una sola chispa del fuego que los animaba. . . . Y hoy pagamos con un castigo que nos sirve de expiacion, las faltas que hemos cometido. Cual el amante que llora por la muger que la muerte arrebató de sus brazos; cual el israelita se desolaba en el cautiverio de Babilonia, así gemimos nosotros en este dia de tinieblas por la falta del astro de gloria, que se ha eclipsado ya.

Nos queda aun, sin embargo, el consuelo de que varios rasgos de valor y patriotismo prueban que no estuvimos faltos de varones esclarecidos, que supieron preferir la muerte al vilipendio. Las hazañas de los que se distinguieron en la campaña, resaltan mas por el contraste que forman con la conducta vergonzosa de los que se mostraron indiferentes á las desgracias de la patria. Nuestros anales pueden aun honrarse con las acciones mas distinguidas: la muerte de Vázquez, Frontera, Leon, Palacios, Ramirez, Jicoténcal, Cano, que pertenecieron al ejército permanente; la de Balderas, Peñúñuri, Martinez de Castro, de la Guardia nacional; la de tantos otros que como ellos sucumbieron gloriosamente en la guerra con los Estados-Unidos, nada tienen que envidiar á la de los defensores mas ilustres de las otras naciones. Los nombres de esos mártires están ya consignados en la historia: su memoria no perecerá mientras subsista la nacion mexicana, y cada vez que se renueve este aniversario, participarán del homenaje tributado á los antiguos héroes.

Despues de la ratificacion de los tratados de Guadalupe, la cuestion de la necesidad, de la conveniencia, de la oportunidad de la paz, era ya puramente especulativa. Aun cuando entónces se hubiera demostrado de una manera evidente que iba á originarnos grandes perjuicios, perfeccionados los convenios segun las fórmulas legales, la prosperidad de la República en nada dependia ya de la esencia del negocio. El escámen de los fundamentos que se tuvieron presentes para decidir la contienda en el sentido que se hizo, correspondian, ó á la nacion para que juzgara á los que habian intervenido en la resolucion, ó al histo-

riador para que ecsaminara y calificase su conducta; pero á los gobernantes ya no les tocaba sino buscar en la época de paz que comenzaba, el establecimiento de las mejoras que debian constituir la felicidad de la República.

La mas urgente de nuestras necesidades era destruir la corruptela, primera causa de las calamidades públicas, de los frecuentes pronunciamientos, que por miras siempre rastreras, habia habido en los años anteriores. La cordura aconsejaba que así se obrase: el golpe que acabábamos de recibir, debia decidirnos á reformar nuestra conducta, para no esponernos á otros iguales. Pues bien: léjos de que observáramos esas reglas, el dia funesto en que se consumó nuestro infortunio nacional, ese dia que debió ser el término de nuestras locuras, no era mas que la víspera de nuevas revoluciones. Pisaba aun el estrangero vencedor el suelo profanado de la patria, cuando ya se habia levantado contra las autoridades ecsistentes el estandarte de la rebelion, como para dar al mundo un testimonio reciente de que nuestros estravíos son incorregibles. Apenas termina esa revolucion, cuando se anuncia otra; y si la debilidad que ya nos consume, no hace desaparecer á la República en el primer trastorno que ocurra, al nuevo pronunciamiento seguirán otros y otros, formando una serie interminable. ¿Qué corazon no se desconsuela al pensar en ese porvenir luctuoso? Hasta la idea halagüeña del remedio se pierde, porque no es con el envilecimiento y el crimen como se logra la regeneracion de las sociedades. La nuestra acabará para siempre, si continúa entregada á los desórdenes que la han arruinado. ¿Qué esperar de un pueblo al que de nada han servido las lecciones de la mas dura, de la mas costosa esperiencia?

Las dificultades que se han opuesto al establecimiento de la tranquilidad pública, se han encontrado tambien respecto de los demas ramos en que pudiera cimentarse el bienestar futuro de México. En los tiempos anteriores á la guerra, muchas reformas dejaron de plantearse por falta de la oportunidad de que por lo regular depende la escelencia de las leyes: mejoras evidentes, adelantos positivos hubieran podido alcanzarse, y no lo fueron en razon de que se temia perder, en el trastorno ocasionado por medidas violentas, bienes seguros por otros inciertos. Y así corrian los años, dejándonos en una posicion estacionaria, que nos alejaba á cada momento del camino de la civilizacion; y así se oponia con buen resultado á las ideas de progreso el funesto sofisma: "No es tiempo todavía."

La ocasion tan deseada por los buenos mexicanos, se presentaba in-

mejorable, al terminar la guerra de invasion. A la manera que en las crisis de la naturaleza se espera el momento en que el mal toca á una gravedad extrema, para la aplicacion de los mas fuertes remedios, que no toleraria el estado de completa salud, así en las crisis políticas conviene igualmente aprovechar las circunstancias mas difíciles y angustiadas para la introduccion de las reformas radicales, que obren con energía sobre la sociedad desorganizada. Uniforme era la conviccion que reinaba en todos los entendimientos, de que habia llegado la época de la estirpacion de los vicios mas influentes en nuestras desgracias, de que ahora ó nunca serian satisfechas las ecsigencias nacionales, sin las que nuestra ecsistencia política seria efimera y poco duradera. Las ventajas del estado de paz, despues de una guerra costosa, fueron el argumento mas poderoso que se hizo valer para la ratificacion de los tratados, y la última, aunque débil, esperanza de los que anunciaban ese hecho como el precursor de los funerales de nuestra nacionalidad.

La fatalidad que nos persigue no ha permitido que mejorase en nada nuestra situacion. Se ha desaprovechado la oportunidad: el tiempo que hubiera debido emplearse en los graves asuntos de interes general, se ha perdido en miserables cuestiones: como siempre, nuestras esperanzas mas lisongeras han salido frustradas, nuestros deseos mas vivos no se han realizado. Se ha hablado mucho, eso sí, y á todas horas, de las grandes reformas en que se pensaba; pero ni se ha dado una buena ley de colonizacion, ni se ha arreglado la administracion de justicia, ni se ha reorganizado el ejército, ni se ha comprendido la institucion de la Guardia nacional, ni. . . ¿A dónde me lleva esta relacion, conciudadanos? Si hubiera de deciros todo lo que se intentaba hacer, y lo que en realidad se ha hecho, por muchas horas tendria que molestar vuestra atencion. Suspendamos esta desagradable tarea: básteme manifestaros que no se ha establecido una sola de las medidas salvadoras que tan urgentemente reclama nuestra situacion actual, y que las pocas que hay iniciadas ó propuestas, probablemente no llegarán nunca á ejercer su influencia saludable.

Agenda de este lugar seria la investigacion de quiénes tienen la culpa de tales males, tanto mas, cuanto que en esta parte, lo mismo que respecto de las faltas cometidas en la guerra estrangera, mi opinion es que la responsabilidad, mas que de determinadas personas, es de la masa entera de la sociedad. Difícil cosa es comprender los obstáculos sin número que se encuentran en este pais para legislar, para gobernar, para administrar justicia. Ademas de que los individuos en cuyas ma-

nos se deposita el poder, participan por lo regular de los vicios y defectos característicos de nuestra sociedad, se necesita una suma de conocimientos prodigiosa, una fuerza de voluntad irresistible, un conjunto de circunstancias favorables demasiado incierto, un apoyo firme poco seguro, para sacar algunos bienes de los elementos en desarreglo que existen, formando un verdadero caos. La reunion de tantas cualidades y requisitos es bien difícil de lograr, ó punto menos que imposible: de ahí resulta que el malestar público vaya á mas todos los dias.

Es necesario, pues, insistir en la idea de que la nacion entera es la que debe pasar por un crisol de fuego, para salir limpia de las impurezas que encierra, y presentar entónces una materia blanda á la mano hábil del reformador. La empresa es tan necesaria como dificultosa: los esfuerzos unánimes de los buenos patriotas deben tender á ese fin, porque si la indolencia con que obramos en la guerra exterior no se destruye con medios que reanimen el espíritu público; si las faltas diarias que empeoran nuestra ya demasiado triste condicion, no son violenta y radicalmente corregidas; si, en una palabra, continuamos nuestro camino por la senda de errores, de abusos, de crímenes, que nos aparta de la ruta de la felicidad, el desconcepto en que nos tienen las demas naciones subirá á tal grado, que el nombre de mexicanos acabará de convertirse en un título de oprobio y un dictado de mengua y humillacion.

¡Señor, que regis desde los cielos los destinos de las naciones; que decretais su esterminio ó su grandeza, segun los impulsos de vuestra cólera ó vuestra misericordia: si aun no hemos espiado nuestras faltas con el mas duro castigo; si aun teneis reservadas nuevas desventuras á mi cara patria, haced que se cierren mis ojos para siempre á la luz, antes que descargueis de nuevo sobre su cabeza la espada de vuestra justicia! . . . Muy vivo es mi deseo, conciudadanos, de que esta súplica se realice, á causa de que, por mas que procuro alucinar-me, por mas que quiero figurarme de paz y de ventura los tiempos en que vamos á entrar, la realidad, con mano despiadada, me arranca la venda de los ojos, y por su prisma desconsolador solo veo faltas y desgracias en lo pasado, faltas y desgracias en lo presente, faltas y desgracias en lo porvenir. Si una nueva guerra estrangera sobreviene, mas debilitados, con mas desconfianza, con menos reputacion que en la pasada, aumentará el número de las probabilidades de perder: si tenemos la fortuna de vivir en paz con las demas naciones, nuestros pronunciamientos, desgobierno y estravíos acabarán con la República en mas

tiempo, pero con la misma seguridad. Regeneracion, mexicanos, regeneracion completa y absoluta en vuestras costumbres, si no quereis acabar de una de esas dos maneras, que no se distinguen entre sí sino en ser mas ó menos violentas. Estamos ya en la orilla del abismo: un paso mas, y nos precipitamos en la sima horrosa de nuestra destruccion.

Perdonadme, señores, si he llevado al extremo la descripcion de los males públicos, tales como me los presentan mi imaginacion dolorida y mi corazon despedazado. El cuerpo mutilado, sangriento, de la patria, hubiera podido presentároslo cubierto con un prestado ropage de hermosos colores y adornos esquisitos: mejor he querido desgarrar los pocos girones que lo cubrian, para que lo viérais en toda su espantosa deformidad. No el acento de la adulacion, no mentidas promesas, no el falso brillo de la ilusion, son los alicientes que se deben ofrecer á la República, para que vuelva al sendero del bien. La verdad solo, la verdad desnuda, por triste y repugnante que sea, es el único recurso que queda para que retroceda de sus estravíos, horrorizada al contemplar los daños sin cuento que sufre, y de que acaso no tenia mas que una confusa idea. Por lo demas, la situacion casi desesperada en que vivimos, es el asunto mas trillado de las conversaciones familiares: lo que falta es franqueza para decirlo en público; yo la he tenido sobrada, porque no he venido aquí mas que á espresar lo que pienso, y porque engañar al pueblo, es faltar á lo que ecsige su propia dignidad.

Cuando Bruto inmoló á Julio César en el senado, Marco Antonio enseñó la túnica ensangrentada del dictador, y el pueblo romano prorumpió en gritos de venganza contra los homicidas. Cuando Judit sedujo con falsos halagos á Holofernes para sacrificarlo, enseñó la cabeza cortada del general enemigo, y el pueblo hebreo se sintió conmovido á la vista de aquel espectáculo. El objeto que yo os he enseñado, debe producir en vosotros impresiones mas fuertes que el del triunviro de Roma ó la heroina de Betulia: os he presentado el cuerpo de la patria, desfallecida, convulsa, agonizante. Ved cómo nos tiende las manos, cómo se postra de rodillas, cómo llora, cómo nos suplica que no le demos el último golpe. Si somos sordos á sus lamentos, preciso es ya perder toda esperanza de remedio: si levantamos contra su seno nuestra mano parricida, fácil nos será acabar con su mísera ecsistencia; pero que espere entónces cada uno de nosotros, en la tierra, la maldicion de los hombres; en el cielo, la justicia de Dios!

DIZE.